

Arturo R. Álvarez Hernández - Stephan Leopold - Irene M. Weiss (eds.), **Eneas**. *La trayectoria transatlántica de un mito fundacional*, V&R Unipress-Mainz University Press, Göttingen-Mainz 2019, pp. 350.

Eneas. La trayectoria transatlántica de un mito fundacional, publicación que contó con el apoyo de la Forschungsförderung de la Johannes Gutenberg-Universität Mainz, surge como resultado de un encuentro de filólogos clásicos y modernos provenientes de Argentina y de Alemania, que tuvo lugar en la Universidad Nacional de Mar del Plata (Argentina), en el año 2016. El título tiene la singularidad de describir, por un lado, un proceso cultural que se condensa en torno de la figura de Eneas y, por otro, de dar cuenta casi denotativamente del conjunto de estudios que responden a los términos allí planteados. En este sentido, algunos artículos despliegan interrogantes vinculados a la complejidad de esta obra fundacional o a derivas dentro de la misma literatura latina, mientras otros trabajan con cuestiones vinculadas a proyecciones contemporáneas del texto virgiliano en distintas lenguas, tiempos y latitudes.

El libro consta de una introducción escrita por los editores, trece artículos y una nómina de los autores incorporada al final. Arturo R. Álvarez Hernández, Stephan Leopold e Irene Weiss (pp. 7-11) instalan la pregunta que funciona como eje del libro: «¿Qué es lo que hace de la *Eneida* una obra tan fructífera como para servir, en las más diferentes épocas y contextos culturales, de matriz para la literatura de trasfondo político?». La respuesta es posible elaborarla a partir de la lectura de los trabajos que componen el libro. Los cuatro primeros se ocupan principalmente de la figura de Eneas y su recorrido en el poema virgiliano, y los nueve restantes recuperan la presencia de la *Eneida* y la trayectoria del héroe en otros textos.

En el primer artículo (pp. 13-40), A.R. Álvarez Hernández analiza exhaustivamente el sentido fundacional programático del libro de Virgilio a partir de la autorrepresentación del poeta como *vates* en su *proemio al mezzo* (*Aen.* VII 37-45) y de la invocación a la musa Érato. El autor encuentra que ese es el modo elegido por el poeta para posicionarse como un *vates* distinto, acorde con un tiempo nuevo. La *Eneida* se constituye entonces en una obra docta, donde la escritura retoma la función institucional revelatoria y civilizadora que tuvo el canto en sus orígenes remotos. Así, a ese nuevo *vates* le corresponde un héroe y un sentido de la acción heroica acordes a ese tiempo: Eneas y la explicación de los orígenes de Roma.

En el segundo trabajo (pp. 41-65), Claudia Schindler estudia con precisión el duelo entre Eneas y Turno en *Aen.* XII y, especialmente, la comparación con el combate entre dos toros (vv. 714-724). Analiza esos versos a la luz de una escena de las *Geórgicas* (III 209-241) que encuentra próxima en léxico y metáforas, para sostener el carácter inevitable de ese final propuesto por el autor. La lectura en clave política le permite concluir que en esa batalla final se juega no solo el poder por el dominio del Lacio, sino que también, metafóricamente, se alude al poder real del momento de escritura del poema.

Marcos G. Ruvituso (pp. 67-94) propone un recorrido minucioso a través de algunas imágenes de distintos árboles (el haya, la vid, los frutales, la encina, entre otros) que se resignifican a lo largo de las obras de Virgilio y encuentra allí una metáfora del recorrido poético

del poeta. Estudia la asimilación de los árboles con distintas situaciones, como por ejemplo la imagen del tronco mutilado del roble en la *Eneida* como metáfora de la fortaleza del héroe.

Jochen Schultheiss (pp. 95-112) observa detenidamente la presentación narrativa y la estructura formal de la escena típica de la decisión en la *Eneida* y, atendiendo al concepto de historia que emerge del poema, revisa el modo en que las decisiones individuales y el concepto cíclico de historia en Lucano sirven para arrojar luz sobre la idea teleológica de la historia presente en Virgilio.

Laura Aresi (pp. 113-140) plantea una lectura distinta a la que postula las *Metamorfosis* de Ovidio como «una anti-*Eneida*». Describe con precisión el viaje de Eneas en las *Metamorfosis*, pero no a partir de “lo que le falta” sino a partir de sus “pieni”, es decir, de lo que Ovidio, como poeta intersticial, agrega a lo olvidado y omitido por Virgilio. Observa que, si bien la estructura del texto de Ovidio coincide con la de la *Eneida*, adopta el modelo de un viaje que se proyecta hacia el futuro y su contenido es el de la *Odisea*.

Juan Héctor Fuentes (pp. 141- 169) se detiene en el recorrido de la figura del héroe virgiliano en la literatura medieval hispánica hasta su constitución en mito fundacional de las dinastías europeas reinantes. Encuentra que, mientras en San Isidoro de Sevilla su figura resulta deslucida, la producción historiográfica del arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, da cuenta de la tradición anti-Eneas, claramente manifiesta en la *Estoria de España*. Al mismo tiempo, señala que en la *General Historia* la figura del héroe es rescatada en tanto coincide con las aspiraciones imperiales del Rey Sabio. La imagen opaca del héroe persiste, entonces, hasta que en el siglo XV, con la obra de Enrique de Villena, la figura de Eneas, cristianizada, se presenta como un verdadero espejo de príncipe para la aristocracia letrada.

Timo Kehren (pp. 171-188) inscribe *La Celestina* de Fernando de Rojas dentro del grupo de textos en los que aparecen elementos, motivos y situaciones de “el episodio de Cartago”. Encuentra que el fuerte espíritu de conquista de España, que rememoraba la potencia hegemónica del Imperio, se refleja en el trágico fin de los protagonistas del texto de Fernando de Rojas en tanto sintetiza, en una sola comunidad, los movimientos que en la *Eneida* se dividen entre romanos y cartaginenses. Por otro lado, señala que el suicidio de Melibea, inspirado en el de Dido, recuerda el fantasma de la desaparición de una civilización, aspecto que constituye una constante en la historia española.

Irene M. Weiss (pp. 189-219) trabaja con *La Araucana* de Ercilla y advierte, en las particularidades de ese texto y en el “gesto fundador” de su autor, la consideración de sistemas de valores distintos a los de la historiografía romana e imperial en general. Señala que Ercilla introduce una renovación del código épico incluido el de los *romanzi*: narra hechos presentes, lo acontecido en el Arauco durante los años 1540-1557, y modifica la norma ya que muestra la tensión entre una épica con función panegírica, la *Eneida*, y una épica historiográfica como el *De bello civili* de Lucano. La presentación de Dido como ejemplo en *La Araucana* 32,48 le sirve a la autora para iluminar ese posicionamiento.

Robert Folger (pp. 221-245) recupera los conceptos de *translatio imperii* y de *translatio studii* para sostener que la *Eneida* es el paradigma de esa doble *translatio*. Virgilio no solo relata una *ktisis* sino que, al mismo tiempo, realiza la transferencia de los dioses del Oriente griego al Occidente del Lacio de un modo estético tal que enfatiza y oculta la ideología imperialista que atraviesa el texto. En este sentido, advierte que en la obra de Pietro Martire d’Anghiera, *Decades de Orbe Novo*, en la *Primera carta de relación* de Hernán Cortés, en la obra de Carlos de Singüenza, *Parayso occidental* y en *Periquillo Sarniento* de José Fernández de Lizardi, la *Eneida* funciona como un patrón de construcción. Recurre al concepto de “ideologema” de Jameson como la expresión más adecuada para expresar la particular imbricación de la epopeya virgiliana y de sus imitaciones.

Juan Diego Vila (pp. 247-269) analiza el cap. 26 del *Quijote* de 1615 y los inmediatamente adyacentes para detenerse principalmente en el desenlace de la novela. Allí estudia la reminiscencia del inicio del canto II de la *Eneida*. Advierte, entonces, el sustrato de figuras épicas griegas y troyanas, y señala, a su vez, la existencia de tres niveles de organización en la intertextualidad épica de la obra: uno que atañe a las matrices simbólicas de los cantares, otro que trabaja con la isotopía de “Aquí fue Troya” y un tercero, en el nivel metaliterario de las farsas ducales; información que finalmente ordena y grafica en tres tablas incluidas al final del artículo.

Stephan Leopold (pp. 271-295) se centra en dos textos de Cervantes, el *Quijote* y el *Periplus*, como formas ingeniosas de desapropiación, es decir, obras en las que se hace un uso del mito romano que es contrario al uso oficial y dinástico, mostrando lo inaplicable de ese mito en el mundo premoderno. Al mismo tiempo, desde esa misma perspectiva antieneídica, trabaja con dos obras fundadoras del boom latinoamericano: *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez y *Terra Nostra* de Carlos Fuentes. Sostiene que mientras la primera es la crónica de un fracaso rotundo, la segunda presenta una crítica aguda al poder soberano tal como se proyectaba desde los emperadores romanos.

Xuan Jing (pp. 297-311) examina el procedimiento de la trasposición épica de la *Eneida* en las *Cartas de relación* de Hernán Cortés y en *La Cautiva* de Esteban Echeverría. El primero busca integrar la conquista en el discurso divino de la *translatio imperii* y presentar su expedición como un acontecimiento en el que se repite la fundación del Imperio Romano; el segundo, justificar la colonización de la Pampa con la idea de la civilización y el progreso.

Christine Walde (pp. 313-343) realiza un recorrido por el “destino literario” de Lavinia en algunos autores clásicos y contemporáneos. Mientras que en Virgilio la relevancia política del personaje está en contraste con la escasez de texto dedicado a ella, en *Fasti* de Ovidio y en *Punica* de Silio Itálico el personaje de Lavinia aparece también desdibujado. Analiza detalladamente el tratamiento de su figura en la novela *Lavinia* (2009) de Ursula K. Le Guin y *The Lavinia* (2005²) de Claudio Salvucci. Señala que mientras que Le Guin exhibe las estrategias literarias de su propio tiempo y las inserta en el horizonte moderno de la percepción, el texto de Salvucci, distante en contenido y forma, se asemeja a una épica caballerescas medieval.

Nos hallamos frente a un volumen que reúne artículos que demuestran rigurosidad filológica, pertinencia metodológica y un actualizado y relevante despliegue bibliográfico. Su publicación es no solo un valioso aporte para los estudios sobre la *Eneida* y sobre su recorrido literario sino también una muestra significativa del resultado del trabajo colectivo llevado a cabo por investigadores europeos y latinoamericanos para la construcción de ese saber.

GABRIELA MONTI

(Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca)

Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, *La letteratura greca dell'antichità. Il periodo attico (480-320 a.C.)* a cura di Gherardo Ugolini, tr. it. di Eduardo Simeone, La scuola di Pitagora, Napoli 2017, pp. 185.

Nell'ambito del progetto di traduzione della *Letteratura greca dell'antichità* – uscita nel 1905 nella collana “La cultura del presente” diretta da P. Hinneberg per la casa editrice Teubner e riedita per la terza volta nel 1912 – è stato pubblicato il II volume, *Il Periodo attico*, che fa seguito al I, *Il Periodo ellenico* (sul quale cfr. la nostra scheda in «Maia» 3 [2020], pp. 669-670). Il curatore evidenzia l'originalità del sottotitolo, dove l'autore evita di

scrivere “periodo classico” – come ci si potrebbe aspettare – per sottolineare con “attico” la predominanza politico-culturale della città di Atene. La dimensione esclusivamente *greca* e la supremazia culturale della città, “nella sua immensa grandezza”, conservate anche dopo l’unificazione con i Barbari d’Oriente per opera di Alessandro, sono infatti elementi caratterizzanti del periodo ellenistico.

La cultura è intesa come un *continuum* in cui le singole personalità risultano l’effetto più che la causa di questo flusso: di conseguenza accanto alle figure più note, trovano posto nella rassegna anche imitatori e discepoli, che se da un lato non furono capaci di rinnovare la forma dei maestri, dall’altro contribuirono a trasmetterne il messaggio attraverso i secoli. Pur in un’opera divulgativa, Wilamowitz non trascura alcun autore, anche se a pochissimi concede pieno plauso: Eschilo, Euripide e Platone e in seconda battuta Tucidide, Isocrate e Demostene.

Tra i generi letterari, che sarebbe più corretto definire culturali, un posto preminente occupa la scienza, “opera continua di molti, contemporanei ed epigoni”, a cui i popoli, come i singoli individui, giungono nella loro maturità, dopo aver superato il momento della fiaba e la seguente stagione della poesia: “una lingua è di cultura solo quando è in grado di pensare la scienza”. Per lo studioso, i greci hanno impostato un metodo ed elaborato un lessico specialistico per descrivere la natura, che è stato seguito fino alla metà dell’Ottocento (come si è verificato per l’*epos*), superando in precisione e organizzazione esplicativa gli storici e, attraverso la rinuncia a ogni proposito stilistico e/o retorico, giungendo all’espressione della “vera arte”.

Viene anche rivalutato il discorso giudiziario inteso come emanazione della democrazia diretta che esige registrazioni complete dei dibattiti appena svolti: la lingua amministrativa e giuridica presenta sempre forti connotazioni attiche ed è precisa nell’enunciare una legge o nel riportare gli atti di un’assemblea, quanto un testo di Ippocrate nel descrivere una malattia. Secondo Wilamowitz, il pregiudizio della superiorità latina in questo campo non ha ragione di esistere: il diritto insieme alla scienza non necessita di alcuna rilettura filosofica per raggiungere l’eccellenza espositiva.

Un’altra sezione interessante del volume riguarda la nascita del teatro. Lo studioso suggerisce un campo di ricerca più ampio, non circoscritto alla sfera del sacro e rapportato esclusivamente all’antropologia o alla storia delle religioni, senza trascurare le testimonianze storiche, il cui studio critico può rivelarsi utile all’indagine. Vengono ricordate Fliunte, patria di Pratina, il primo tragico in Atene, Sicione, sede di cori tragici già al tempo di Solone e poi Lesbo, da cui Arione importa a Corinto il ditirambo: tutte tappe di passaggio, dall’entusiasmo sacrale alla danza rituale con attori travestiti, verso la destinazione finale che è il coro della tragedia. Questa situazione ha favorito la nascita di grandi poeti, capaci di svolgere, caso unico secondo lo studioso, una funzione pedagogica di innalzamento morale “fino a Dio”, quali Eschilo, profeta della fede nella libertà e sostenitore della necessità di una forza morale per reggere la democrazia, Sofocle, sacerdote di una religiosità affine alla predestinazione, per il quale l’insondabilità divina trionfa sullo sforzo umano di comprendere il mondo, Euripide, il primo ad affidarsi esclusivamente all’intelletto per comprendere la storia. Gli esempi sono Alceste, Medea e Andromeda, dove gli dei sono relegati a meri simboli, il fato diventa lo sfondo su cui l’uomo cerca di liberarsi dal *nomos* da lui stesso creato, in una dimensione però non più esclusivamente politica.

Aristofane, grande esponente della commedia, viene indicato come interprete dell’Atene democratica, unica città nella storia dell’Occidente, capace di accettare aperte critiche di politica e di costume.

Sono poi presi in considerazione gli storici: a differenza di Erodoto, sospeso tra superstizione e razionalismo, la cui opera è da ritenersi più mito che storia e le cui singole parti superano in valore l’insieme, Tucidide, pur privo anch’egli di scientificità storica, viene

apprezzato da Wilamowitz più come politico che come storico: la riflessione sul presente mal cela la sua diretta partecipazione ai fatti e avvicina così la sua arte alla tragedia. I personaggi, in particolare Pericle, raggiungono l'eternità al pari di quelli omerici o di quelli tragici. Tuttavia, lo sforzo retorico, come fa notare lo studioso, ostacola il ritmo degli eventi: i discorsi, sostanzialmente non caratterizzanti, perché della medesima cifra stilistica per tutti, alterano l'impressione di autenticità, conferendo ai personaggi una profondità maggiore di quella reale, e finiscono così col renderli un po' meno credibili.

Tra gli oratori eccelle Isocrate, per il suo dominio assoluto della forma, tale da sfidare addirittura la poesia e la scienza: il suo pensiero, pur non presentando tratti di originalità, appare realistico nel riflettere il compimento della parabola politica ateniese. Demostene, sostenitore della grandezza della democrazia ateniese, fedele al suo ideale fino al martirio è ritenuto ormai anacronistico: per lo studioso trascende i confini dell'attualità politica per rivolgersi a un popolo ideale con rivendicazioni ideali, senza alcuna attinenza al presente.

Chiude il volume il capitolo più esteso, dedicato a Platone, definito "il più grande", in quanto vate dell'educazione alla libertà attraverso la scienza, in grado di superare il divario tra una democrazia decadente e una tirannide liberticida. Lo sforzo di comprensione del mondo rende Platone consapevole che l'intelletto non basta a spiegare la profondità dell'anima, cui egli si accosta da poeta che ha saputo essere pure un logico: dal dialogo quasi teatrale delle prime opere alla prosa didascalica delle ultime, apre nuove vie lungo l'itinerario dello studio della natura, per approdare alla *ragione*, quale sorgente di pace e beatitudine, che supera l'ingiustizia e la morte. Nella sua valutazione, Wilamowitz omette la parte metafisica, in quanto per lo studioso la dimensione politica prevale su quella speculativa. Erede di Platone è considerato Aristotele con la sua scuola, sia per la forma espositiva del trattato sia per la capacità di conciliare la lezione platonica con quella di Democrito: ma ormai è periodo *ellenistico*.

Danilo Ghira
(Università degli Studi di Genova)

Giuseppina Matino - Flaviana Ficca - Raffaele Grisolia (a cura di), *La lingua e la società. Forme della comunicazione letteraria fra antichità ed età moderna*, Satura, Napoli 2017, pp. VIII+358.

I 19 saggi del volume presentano l'esito di un progetto di ricerca sulle forme linguistiche e letterarie della produzione greca e latina, avviato nel 2011 dalla Sezione di Scienze dell'Antichità del Dipartimento di Studi Umanistici dell'Università Federico II di Napoli. I contributi si estendono dall'antichità all'epoca moderna – spiega G. Matino nella premessa – per dimostrare la persistenza di medesimi contenuti ideologici e la continuità negli aspetti culturali della nostra civiltà.

Maria Consiglia Alvino (*La nave, lo specchio, la scala. Aspetti della mimesi letteraria nella Ἐκθεσις κεφαλαίων παραινετικῶν di Agapeto Diacono*, pp. 1-18) si sofferma su un testo fondamentale per comprendere lo sviluppo del genere dello *speculum principis* a Bisanzio, la *Scheda Regia* di Agapeto Diacono: viene esaminato l'uso di tre specifiche metafore (l'imperatore come timoniere della nave dello Stato; l'anima dell'imperatore come specchio cristallino; l'impero come scala verso Dio), delle quali è ripercorsa la storia letteraria nonché la rivisitazione in chiave morale e teologica. Il metodo applicato documenta i processi di allusività e citazione messi in atto da Agapeto, come anche la sua vasta conoscenza tanto della letteratura biblica e patristica quanto della letteratura greca dedicata allo studio dell'istituto monarchico.

Il contributo di Antonella Borgo, *Il declamatore poeta. Il giovane Ovidio al bivio tra oratoria e poesia* (Sen. contr. 2, 2, 8-12), pp. 19-35, indaga una controversia senecana che prende in esame il tentato suicidio di una donna fedele a un giuramento fatto al marito. Tra i declamatori si nota la presenza di un giovane Ovidio, allievo del retore Arellio Fusco. Il confronto tra le *sententiae* pronunciate dal poeta e le argomentazioni degli altri partecipanti, suggerisce all'autrice l'ipotesi che il ricordo di questa controversia possa avere in qualche modo influenzato la costruzione del personaggio di Medea all'interno dell'opera ovidiana.

Alla variazione del tema del *syrma Antigones* è dedicato l'intervento di Serena Cannavale (*Da Callimaco a Filostrato. Appunti sul tema del syrma Antigones nelle fonti greche di età ellenistica e imperiale*, pp. 37-49). L'episodio preso in esame è quello del trascinarsi del cadavere di Polinice sul rogo di Eteocle compiuto da Antigone: a differenza del modello sofocleo e euripideo, Callimaco ricorre a una particolare versione della vicenda, che – sebbene non rintracciabile nella tradizione tragica – potrebbe aver da essa attinto e ampliato il tema dell'odio fraticida. La possibilità di rovesciare uno dei *topoi* dell'epigrammatica (quello della tomba che unisce) fa sì che il tema della fiamma bifida diventi prevalente in questo tipo di produzione durante la prima età imperiale, mentre tende a scomparire il ruolo svolto da Antigone. È solo con il II secolo d.C. che l'eroina torna centrale, in Stazio, Pausania e Filostrato, il quale – sottolineando l'intenzione di riconciliare i fratelli come causa del gesto di Antigone – riesce a amalgamare tutti gli elementi ormai divenuti tradizionali.

Silvia Condorelli (*Una memoria apuleiana in Sidonio Apollinare. Tra stile epistolare e modelli retorici*, pp. 51-73) analizza alcuni luoghi dell'*epist.* 9, 2 di Sidonio Apollinare che, in risposta alla richiesta da parte di un corrispondente di comporre un'opera di esegesi biblica, avrebbe tratto ispirazione da Apuleio (*Flor.* 17, 17) per esprimere il *topos modestiae* del timore di cimentarsi in un'impresa superiore alle proprie capacità.

Il saggio di Ferruccio Conti Bizzarro (*Polluce. Critica della lingua ed immagini poetiche*, pp. 75-88) esamina i giudizi espressi da Polluce all'interno dell'*Onomasticon* sulla qualità delle parole, tra le quali vengono disapprovate quelle difficili da pronunciare, sgradevoli all'ascolto o di uso troppo comune. L'autore nota come non siano esenti da questa condanna termini impiegati anche da autori tragici e comici, anche se considerati modelli stilistici.

Claudio Corsaro (*Oratori e pubblico tra II e I secolo a.C. Crasso, Antonio e la cultura greca*, pp. 89-107) approfondisce il rapporto tra Crasso e Antonio e la cultura greca: benché il *De oratore* ciceroniano ci informi che i contemporanei ritenevano i due oratori pressoché privi di istruzione, è verosimile che essi possedessero una discreta conoscenza delle discipline greche, anche se forse non al livello attribuito loro da Cicerone nel medesimo trattato. L'autore ritiene plausibile che entrambi tendessero a celare la propria formazione culturale (e soprattutto quella greca), perché essa avrebbe potuto ingenerare un sospetto di artificiosità e alienare il favore del pubblico.

Partendo dall'analisi delle versioni dell'eroica morte della moglie di Asdrubale fornite da Appiano e Cassio Dione, l'intervento di Mariafrancesca Cozzolino su *Il suicidio della moglie di Asdrubale* (*Flor.* 1, 31, 17), pp. 109-122, si concentra sul racconto di Floro: il paragone instaurato con il suicidio di Didone nella versione attribuita da Servio a Timeo di Tauromenio evidenzia agli occhi dell'autrice l'originalità di Floro, che riuscirebbe a sintetizzare spunti provenienti da modelli differenti.

Studiando *L'eco di una sententia virgiliana* (Aen. 2, 354) in Denier du Rêve di Marguerite Yourcenar, pp. 123-130, Arturo De Vivo riconosce in un passo di questo romanzo ambientato a Roma nel 1933 la reminiscenza di un verso virgiliano (*una salus victis nullam sperare salutem*) capace di descrivere lo stato d'animo del personaggio Lina Chiari, malata terminale all'uscita dalla visita chirurgica che non le ha lasciato più alcuna speranza.

L'intervento di Flaviana Ficca, *Magnitudo imperii. Nota sull'incipit dell'opera storiografica di Floro*, p. 131-140, si concentra sui primi tre periodi del proemio dell'*Epitome* di Floro. L'autrice pone giustamente l'accento sulla necessità di considerare questi tre periodi un tutto unitario (particolarmente interessante è la suggestione di accogliere nel testo l'*enim* riportato nella seconda frase da una buona parte dei manoscritti).

Giuseppe Germano (*Revisione strutturale e comunicazione letteraria nella silloge poetica dell'umanista Manilio Cabacio Rallo*, pp. 141-167) esamina la figura di Manilio Cabacio Rallo, intellettuale greco giunto in Italia in età adolescente e, in particolare, la sua silloge poetica trasmessa dal ms. *Hamiltonianus* 561 (Berlin, Staatsbibliothek, Preußische Kulturbesitz) e dall'*editio princeps* napoletana del 1520. L'autore illumina i cambiamenti intercorsi tra le due redazioni della silloge e come essi siano stati influenzati dal mutato contesto culturale e gusto letterario.

Il contributo di Antonietta Iacono (*Contaminazione di generi letterari nella comunicazione letteraria di Tristano Caracciolo*, pp. 169-188) è dedicato all'analisi della produzione biografica di Tristano Caracciolo. L'autrice evidenzia come in ogni profilo l'umanista rispetti rigorosamente la precettistica dell'*encomium* e presenti una tensione moralistica tale da trasformare in figure esemplari tanto le eroine del mito quanto i personaggi della storia contemporanea. L'autrice sostiene giustamente la natura unitaria di questo *corpus*, un fatto che consente di cogliere i fitti rimandi intertestuali interni alla produzione di Caracciolo e, in particolare, con le sue opere di carattere etico-morale.

Il saggio di Giuseppina Matino (*Sul Triakontaeterikos di Eusebio di Cesarea*, pp. 189-205) esamina alcuni passi dell'*Orazione per il trentennale di Costantino*. Attraverso una chiara analisi terminologica e lessicale e uno studio puntuale della tradizione classica sottesa a questo testo, l'autrice mette in luce come Eusebio stesso sia consapevole dell'innovazione che egli apporta non solo alle norme prescritte del genere adottato (con la destrutturazione dell'impianto retorico tradizionale), ma anche allo sviluppo in senso cristiano dell'ideologia imperiale e alla fusione di livelli linguistici differenti.

Lorenzo Miletto (*Elio Aristide e l'epistola 1534 Foerster di Libanio*, pp. 207-222) prende in esame Libanio quale lettore di Aristide, in particolare in un'epistola (la 1543 Foerster), in cui il retore ringrazia l'alto burocrate Teodoro per l'invio di un ritratto dell'oratore ateniese. L'autore fornisce la prima traduzione italiana della lettera corredata di un ricco commento.

Daniela Milo (*Momenti della tradizione letteraria greca nella vicenda della Didone virgiliana*, pp. 223-240), indaga la presenza nel IV libro dell'*Eneide* di reminiscenze e riprese della tradizione greca (Omero, Apollonio Rodio, fonti tragiche) attraverso un serrato confronto tra testo virgiliano e suoi probabili modelli.

Nell'intervento su *La morte di Cleopatra in Floro (2, 21, 10-11). I rapporti con la tradizione*, pp. 241-251, Rita Miranda opera un preciso confronto fra le fonti greche e latine che descrivono la morte di Cleopatra al fine di meglio illuminare le scelte operate da Floro.

Mariantonietta Paladini (*Sulle orme della mula. Il carme 17 di Catullo*, pp. 253-283) tenta di fornire un'identità alla *Colonia* nominata nel *carm.* 17 di Catullo e all'uomo lì dilleggiato. Sulla base di un confronto istituito principalmente con il *carm.* 10 del *Catalepton* e con un frammento "neoterico" dei *Versus populares*, l'autrice ipotizza che *Colonia* sia Ascoli e che il bersaglio di Catullo sia Ventidio Basso.

Nel saggio sulle *Forme e funzioni della parafrasi nei dialoghi di Platone (resp. 2, 393c-394b; Crat. 402a-b; Parm. 136e-137c)*, pp. 285-310, Mario Regali affronta in quale modo e per quale ragione il dettato poetico viene parafrasato e modificato da Platone in tre luoghi della sua produzione. L'autore mostra come il filosofo plasmi la parafrasi secondo le esigenze del contesto (didattiche nel primo caso, confutatorie nel secondo, caratterizzanti

nel terzo), restando tuttavia in un costante dialogo con la tradizione letteraria precedente, rinnovata e adattata alla cornice dialogica.

Ipsi sibi obstat magnitudo rerumque diversitas aciem intentionis abrumpit (*Flor. I, 3*). *Una riconsiderazione*, pp. 311-320, è un contributo dedicato nuovamente al proemio dell'*Epitome* di Floro. In esso Chiara Renda sottolinea l'analogia "pittorica" usata da Floro per descrivere il suo metodo narrativo, esaminando in particolare la duplice valenza del termine *acies*, della quale lo storico si sarebbe coscientemente servito per rappresentare il processo di lettura e comprensione della storiografia.

Infine, in *Orazio a banchetto da Pettio (osservazioni sull'epodo 11)*, pp. 321-341, Valeria Viparelli suggerisce una nuova interpretazione della sezione centrale dell'*ep. 11* di Orazio: concentrando l'attenzione sulla componente conviviale del componimento, l'autrice propone di leggerlo come una riflessione sul tema e sulle forme della scrittura di poesia d'amore in giambi e sul rifiuto del servilismo.

Conclude il volume un indice dei luoghi citati (pp. 343-358).

Marco Enrico
(Università degli Studi di Genova)

Esiodo, **Teogonia**, a cura di Gabriella Ricciardelli, Fondazione Lorenzo Valla-Mondadori, Milano 2018, pp. XCVI+192.

Dopo aver curato l'edizione critica e commentata degli *Inni Orfici* (2000, 2012³), Gabriella Ricciardelli propone per la stessa collana degli "Scrittori greci e latini" l'edizione critica della *Teogonia* esiodea, un poema che si pone alle origini della tradizione letteraria greca non solo in senso cronologico, ma anche per la densità e la vastità degli argomenti.

Alla *Teogonia* attinsero e si ispirarono poeti della letteratura greca e latina – in particolare gli eruditissimi e raffinati autori di età ellenistica –, e con essa si dovettero confrontare tutti gli autori che utilizzarono anche solo una breve sezione delle vicende mitiche narrate da Esiodo. E ancor oggi si parte da questo autore per cercare di comprendere le dinamiche che hanno portato alla nascita della filosofia occidentale.

Si tratta di un'opera sul cui testo la critica si è arrovellata fin dall'antichità: nonostante i numerosi passaggi dal contenuto autobiografico presenti nelle *Opere e i giorni*, alcuni hanno dubitato dell'esistenza di uno scrittore di nome Esiodo; altri, pur riconoscendone la storicità, hanno lavorato per discernere nei suoi scritti le parti considerate autentiche dalle aggiunte successive; alcuni passaggi narrativi ritenuti astrusi sono stati considerati la prova di un'interpolazione o la traccia di una maldestra operazione dell'autore volta al tentativo di assemblare fonti incongruenti di varia origine.

Rispetto a tale quadro offerto dalla tradizione e dalla storia degli studi esiodei, la curatrice, consapevole della complessità e della stratificazione delle interpretazioni critiche, talvolta forzate, ha scelto la strada del rispetto assoluto per il testo tradito della *Teogonia*: l'assunto di base sembra essere che un testo già ritenuto una pietra miliare nell'antichità, fondamentale anche per gli studiosi moderni che desiderino comprendere le basi della cultura greca, debba essere studiato in quanto tale, e dunque letto, analizzato e possibilmente compreso nella forma in cui ci è pervenuto. Questa posizione appare francamente condivisibile: per conoscere un autore, il primo passo è appunto la lettura e l'analisi di ciò che ci è giunto sotto il suo nome; soltanto dopo questa fase si potrà passare a ipotesi interpretative ed eventuali proposte di correzione/alterazione del testo tradito.

La curatrice si muove in quest'ottica già a partire dall'*Introduzione*, prendendo le mosse dal genere letterario in cui si iscrive la *Teogonia* esiodea: la prima sezione, *Cantare dèi e gesta d'eroi*, si sofferma sui contenuti e sulla tecnica esecutiva dei racconti epici (soprattutto di età arcaica), basandosi principalmente sui dati interni ai testi. In modo consequenziale, il paragrafo successivo, *La forma letteraria della teogonia*, tratta specificamente delle narrazioni epiche di tipo teogonico: dopo una breve storia delle attestazioni del termine θεογονία, si analizza la presenza di elementi narrativi teogonici nella letteratura greca, prendendo in considerazione non solo le opere interamente dedicate a questo tema, ma anche le semplici menzioni in opere appartenenti a un diverso genere letterario, testimonianza dell'interesse per questo argomento (si pensi a Euripide, Aristofane, Apollonio Rodio, oltre che a testi e testimonianze orfiche). Segue un paragrafo di argomento squisitamente linguistico, *Teogonia e onomatogonia*: Esiodo ha dedicato una grande attenzione ai nomi delle divinità e delle entità divine, spesso, per quanto ne sappiamo, proponendo delle novità (come nei nomi delle nove Muse, delle Moire, delle Grazie, attestati per la prima volta nella *Teogonia*); l'autore usa volutamente esempi etimologici trasparenti che ama spiegare lui stesso, come nel caso di Crisaore, che nasce con una spada d'oro tra le mani (ἄορ χρύσειον), e Pegaso, che nasce presso le sorgenti (πηγαί) dell'Oceano (vv. 280-283). Stige ha la prerogativa di punire con effetti nefasti gli dèi che spergiurano sulla sua acqua, e perciò Στύξ è στυγερή ("odiosa", v. 775) agli immortali; i Ciclopi (Κύκλωπες) si chiamano così perché hanno un solo "occhio rotondo" (κυκλοτερής ὀφθαλμός, v. 145) e i loro nomi individuali sono Bronte, Sterope e Arge, cioè Tuono, Lampo e Scintillante, e non a caso sono loro a donare a Zeus il tuono, il lampo e il fulmine. La curatrice osserva che «la congruenza degli dèi con i loro nomi» assume il valore di «prova della verità del [...] racconto» (p. XVII); e poiché la narrazione delle diverse e successive linee genealogiche è costantemente accompagnata da riflessioni etimologiche, si può davvero dire che «la cosmogonia è allo stesso tempo una onomatogonia» (p. XVII) e viceversa. Si tratta di un aspetto al quale la studiosa ha dedicato particolare attenzione, come si evidenzia anche nel lavoro di traduzione del testo e nel commento puntuale.

Due paragrafi sono quindi dedicati rispettivamente alla vita e all'opera di Esiodo; in essi ci si sofferma anche sui problemi di attribuzione sollevati dalla critica, sulle proposte di datazione delle opere e sulle modalità di composizione, esecuzione e diffusione dei testi, anche in relazione alle ipotesi sull'uso della scrittura in età arcaica. Un altro paragrafo analizza l'uso linguistico dei poemi esiodei, che viene messo a confronto con la lingua omerica sia per gli aspetti dialettali sia per l'uso delle formule; si segnalano le caratteristiche che hanno portato a ipotizzare l'esistenza di una tradizione epica continentale diversa da quella omerica, e alcuni usi linguistici specificamente esiodei definiti dalla critica "primitivi" e "popolari", come le espressioni enigmatiche eufemistiche, le sentenze, e caratteristiche formali come l'allitterazione, l'omoteleuto, la rima interna ed esterna e altro.

Viene quindi considerato il *panteon* esiodeo: il poeta dedica uno spazio più ampio alle entità divine primigenie, che sono spesso elementi naturali. Come sottolinea la studiosa, le successioni genealogiche della narrazione teogonica raccontano contestualmente una cosmogonia; perciò studiare i rapporti tra i gruppi familiari, nonché i meccanismi che regolano la successione cosmo-teogonica nella specifica sequenza pianificata dal poeta, significa comprendere la storia del mondo e il suo assetto attuale: «Esiodo non solo individua le famiglie degli dèi, ma anche ordina il mondo naturale e la vita umana» (p. XXIX).

I paragrafi successivi sono dedicati a sezioni specifiche, elementi e passaggi-chiave della narrazione teogonica: viene analizzato in primo luogo il celebre proemio dedicato alle Muse (definito frequentemente "Inno alle Muse", per il quale si veda anche il commento analitico alle pp. 101-121); si riflette sulle modalità con le quali Esiodo narra e descrive

l'incontro con le Muse, che gli conferiscono un'investitura poetica con cui gli chiedono (si tratta, allo stesso tempo, di una richiesta e di una garanzia) di cantare la "verità". Nel paragrafo si riflette in modo particolare sul lessico che esprime tale concetto (ἔτυμον, ἀληθές: il passo sottolinea dunque l'importanza del rapporto tra i nomi e la verità) e sul suo opposto (ψεῦδος). Insieme alle caratteristiche delle Muse e ai loro gesti, si esamina il rapporto generale tra le dee e la parola, sia nell'ambito poetico, sia nell'ambito quotidiano e in quello più squisitamente politico: in quanto figlie di Zeus, esse celebrano l'ordinamento da lui stabilito; ispirano ai re amati dal dio le parole e i contenuti più adatti a rasserenare gli animi, soprattutto quando essi mettono in pratica la giustizia di cui Zeus è garante. In generale, si tratta di tematiche particolarmente care ai Greci, che mostrano interesse per le abilità oratorie già a partire dall'epica omerica.

Una sezione si occupa delle entità divine primigenie citate nella *Teogonia* (Caos, Terra, Tartaro, Eros), soffermandosi in particolare sulle caratteristiche di Caos; i dati forniti da Esiodo sono messi a confronto con la tradizione mitico-filosofica arcaica, argomento al quale la curatrice ha dedicato in passato diversi studi. Si passa poi a esaminare il meccanismo del mito di successione, nei passaggi tra le varie generazioni; si analizza lo schema della transizione violenta dal dominio di una divinità all'altra (nella successione Urano-Crono-Zeus) e, a seguire, le vicende e le generazioni che ruotano intorno a quest'asse principale. La tradizione esiodea è poi confrontata con testimonianze filosofiche e narrazioni mitiche che trattano gli stessi eventi (da Anassimandro ai testi orfici, da Apollodoro a Nonno), in una sintesi chiara e ragionata.

Particolare attenzione è poi dedicata a una delle sezioni più affascinanti dell'opera, la geografia del mondo sotterraneo (*th.* 721-819), tanto significativa che Solmsen l'ha definita come «il documento più importante dell'antica cosmologia prima del sorgere della filosofia ionica» (come ricorda la curatrice a p. XL). La studiosa precisa che la denominazione *Tartari descriptio*, talvolta usata per tale sezione, è impropria: non viene qui descritto solo il Tartaro, ma tutto ciò che si trova sotto terra. La descrizione ha messo a dura prova la critica che, nel tempo, ha cercato in vario modo di comprendere la relazione e le possibili combinazioni tra i diversi elementi: la misurazione della distanza terra-cielo e terra-Tartaro, quest'ultimo come prigione dei Titani con le sue porte di bronzo; il triplice giro di tenebra notturna intorno al collo del Tartaro su cui crescono le radici della terra e del mare, le quali, insieme a quelle di Cielo e Tartaro, costituiscono le sorgenti e i confini di tutte le cose; le case di Notte, le dimore di Ade, la soglia sulla quale Notte e Giorno si incontrano. In questa sezione del testo si trova la citazione più antica (e dettagliata) della fonte di Stige e del suo uso in occasione di un giuramento da parte degli dèi, i quali in caso di spergiuro risultano temporaneamente esclusi dal consesso divino a seguito degli effetti punitivi dell'acqua della fonte. L'analisi qui proposta ha il pregio di rendere tale descrizione il più possibile chiara, quasi visibile agli occhi del lettore, poiché antepone il testo all'interpretazione critica, peraltro scrupolosamente citata.

L'analisi della topografia del mondo sotterraneo viene approfondita nella sezione del commento (pp. 166-173), dove sono riportate le ipotesi degli studiosi su una possibile relazione tra il passo esiodeo e le successive teorie filosofiche sull'origine del cosmo: Anassimandro per es. avrebbe elaborato l'idea dell'ἄπειρον a partire dal Χάος esiodeo (nota ai vv. 736-745, cfr. nota al v. 738); i termini ῥίζαι (v. 728) e πηγὰὶ καὶ πείρατ' (v. 738) saranno in seguito usati come sinonimi di ἀρχαί, e l'immagine secondo cui Notte e Giorno si alternano incrociandosi sarà ripresa da Parmenide.

La nota al testo e alla traduzione illustra i debiti nei confronti delle edizioni critiche precedenti: il criterio è sempre «la maggiore fedeltà possibile al testo» (p. XLIV); sono

state perciò evitate correzioni al testo tràdito ritenute immotivate. Vengono poi spiegate le scelte traduttive, in particolare per i nomi propri e per i casi ambigui: alcuni nomi sono stati traslitterati, altri tradotti, nel tentativo di conciliare il criterio del rispetto per il testo con l'intento di rendere immediatamente comprensibili, anche ai non addetti ai lavori, i nomi delle entità divine.

Una difficoltà specifica nella traduzione del testo esiodeo è costituita dalla presenza di moltissimi nomi propri, i quali a volte coincidono con nomi comuni che corrispondono a entità di vario tipo, come elementi concreti, determinazioni temporali, fasi della vita, sentimenti o altro: è il caso di Γαῖα, terra; Νύξ, notte; Γῆρας, vecchiaia; Ὀϊζύς, sventura. Si pone in questi casi il doppio problema se usare l'iniziale maiuscola oppure minuscola (vale a dire se considerarle entità divine o nomi comuni) e se preferire una traslitterazione oppure tradurre con il termine italiano corrispondente. Per la prima casistica, si può osservare che la scelta è stata fatta di volta in volta: per es. al v. 821 si dice che Γαῖα (Terra, con iniziale maiuscola sia nel testo greco sia nella traduzione) partorisce Tifeo; nello stesso episodio, al v. 839 si dice che γαῖα, il suolo, la terra (con l'iniziale minuscola sia nel testo greco che nella traduzione) rimbomba sotto il tuono di Zeus. Nella seconda casistica, la curatrice ha preferito per lo più tradurre i nomi con il termine italiano corrispondente per renderli più riconoscibili (per es. Inganno per Ἀπάτη, Biasimo per Μῶμος, Sonno per Ὕπνος); ma per i nomi delle Oceanine (vv. 346-361), anche là dove essi presentavano etimologie trasparenti, è stata preferita la traslitterazione, poiché queste figure sono più note con la denominazione greca (come Doris, Urania, Ippo, Calliroe ecc.).

Alle pp. XLVIII-XCII si trova un'ampia bibliografia, con oltre 650 titoli, aggiornata al 2017, che viene ulteriormente arricchita nella sezione dedicata al commento analitico. Uno schema della struttura della Teogonia (pp. XCV-XCVI) costituisce un'utile e ulteriore guida alla lettura.

L'edizione critica si avvale in particolare delle precedenti edizioni di Rzach (soprattutto l'*editio maior*), di West e di Solmsen. Le altre edizioni utilizzate sono citate nella *Nota al testo*; si segnalano anche le edizioni maggiormente consultate per la stesura delle note critiche (p. XLIV), le quali sono state in ogni caso ampliate da una ricca bibliografia con ulteriori osservazioni. Bisogna precisare che la curatrice non ha condiviso tutte le scelte e le correzioni operate nei testi critici precedenti: anche nelle scelte testuali prevale il rispetto per il testo tràdito, come nella traduzione, dove si è cercato, ad esempio, di rispettare le ripetizioni lessicali e di tradurre i termini greci ricorrenti sempre nello stesso modo, evitando di usare l'identico termine italiano per tradurre sinonimi greci. Fin dove possibile, la disposizione delle parole nella traduzione segue la scansione in versi del testo greco; ciò permette, leggendo, di mantenere il contatto con il testo originale.

L'opera esiodea può risultare poco chiara ai suoi interpreti, non solo laddove si tracciano grandi quadri e panoramiche come per il mondo sotterraneo, ma anche in singoli passaggi; anche in questo caso la scelta è stata orientata a una interpretazione basata il più possibile sul rispetto del testo tràdito. Un esempio: ai vv. 88-90 il poeta sta lodando l'abilità con la quale i giudici/re risolvono le contese, dando soddisfazione a chi ha subito un torto; il testo recita: τούνεκα γὰρ βασιλῆες ἐχέφρονες, οὐνεκα λαοῖς / βλαπτομένοις ἀγορήφι μετάρπρα ἔργα τελευτοῖσι / ῥηιδίως, [...]; West collega il termine ἀγορήφι a quanto precede, intendendo «la gente danneggiata nei suoi affari»; Arrighetti (insieme ad altri) invece collega il termine a quanto segue, intendendo che i re danno riparazione «nell'assemblea». Effettivamente il termine ἀγορά può indicare sia la piazza del mercato con gli affari che vi si trattano, sia l'assemblea che in essa si svolge; tuttavia la collocazione del termine nel testo non permette una valutazione univoca; appare pertanto più aderente al testo la scelta traduttiva della curatrice (giustificata nel commento), che lascia il termine in posizione centrale, rispettando l'ambi-

guità: «Per questo infatti i re sono saggi, perché a gente danneggiata *sulla piazza* danno riparazione agevolmente, [...]», dove la precisazione «sulla piazza» potrebbe definire sia il luogo dove le persone sono danneggiate, sia il luogo dove si offre riparazione all'ingiustizia. Forse proprio questa serie di accorgimenti, insieme alla competenza e all'attenzione della studiosa riguardo all'aspetto linguistico, ha prodotto una traduzione tanto precisa quanto gradevole.

L'apparato critico dà un'ampia rassegna delle varianti tramandate dai codici e dai papiri, nonché delle congetture avanzate dagli studiosi; un ricco corredo di *loci similes* permette di cogliere il dialogo della *Teogonia* con i testi omerici e di epoca successiva, e offre ampi spunti di riflessione sulla ricezione del testo esiodico e sull'influenza da esso esercitata sulla letteratura greca.

Il commento (pp. 101-192) sviluppa ulteriormente i temi dell'introduzione, illustra singoli passaggi o episodi e svolge un'analisi linguistica. Gli episodi e le figure di maggior rilievo sono qui oggetto di particolare attenzione. Per citare un esempio, nel commento relativo all'episodio di Prometeo (*th.* 521-616; *comm.* pp. 153-161) si discutono fonti e studi che riguardano i rapporti tra uomini e dèi, i quali inizialmente vivevano in una dimensione di condivisione; l' intreccio di inganni e punizioni nel rapporto fra Prometeo e Zeus; il valore eziologico del mito sia in relazione alla struttura del rito di sacrificio in epoca storica, sia per l'uso del fuoco e per la visione della donna; lo spazio riservato agli uomini nella poesia esiodica; la definizione del personaggio di Prometeo, figura divina che però favorisce gli esseri umani, secondo alcuni rappresentante primordiale dell'umanità, secondo altri appartenente a una categoria antecedente alla distinzione dèi/uomini, o ancora definito come *trickster*; il confronto con la narrazione dell'analogo episodio nelle *Opere e i giorni*; il rapporto con alcuni miti del Vicino Oriente; oltre, naturalmente, all'ampia bibliografia generale sulla figura di Prometeo.

Un altro esempio: nella sezione relativa al mito di Tifeo (*th.* 820-880; *comm.* pp. 174-179) si può leggere l'elenco delle fonti antiche in cui viene citato il mostro, il cui nome è utilizzato dagli autori greci anche nel racconto del mito di Iside e Osiride per indicare un principio distruttore privo di ordine e intelligenza; si discute l'interpretazione dello scontro Zeus-Tifeo come descrizione di un'eruzione vulcanica o come esempio di mitologema ricorrente per descrivere lo scontro fra un dio del cielo e un'entità mostruosa serpentiforme (indicata anche come drago); si riportano le ipotesi di interpolazione del passo, con le argomentazioni addotte dagli studiosi; si esaminano i rapporti con le analoghe figure orientali di Ullikummi, Illuyanka, Saphon.

Come nelle intenzioni della collana, questa nuova *Teogonia* della Fondazione Valla curata da Gabriella Ricciardelli si presenta dunque come un'opera realmente destinata tanto ai lettori colti quanto agli studiosi: i lettori colti possono avvicinarsi a un testo ritenuto oscuro dai più, con la certezza di comprenderne sia gli aspetti principali sia i dettagli, e dedurne una visione d'insieme organica con una lettura scorrevole; gli studiosi possono apprezzare l'onestà e l'accuratezza delle scelte testuali e la vasta disamina critica che rende conto dei termini delle diverse questioni, anche di quelle ancora irrisolte, nelle quali eventualmente cimentarsi avendo a disposizione un repertorio bibliografico vasto e utilmente commentato.

Sabrina Colabella (Roma)

